Claves de pensamiento

Tocqueville y las consecuencias de la igualdad moderna

Will Ogilvie

Septiembre de 2026

Fundación Civismo
Fundación Ortega-Marañón
Fundación conversación

Tocqueville y las consecuencias de la igualdad moderna

Will Ogilvie, profesor de la Universidad de las Hespérides.

La igualdad es una de esas fuerzas históricas que, una vez puestas en movimiento, ya no consienten que el mundo vuelva a ser lo que era. Tocqueville lo comprendió antes que casi nadie. No viajó a Estados Unidos para describir simplemente una democracia, sino para observar el porvenir de Europa y preguntarse qué ocurriría con la libertad cuando los hombres fuesen cada vez más iguales. La respuesta no fue tranquilizadora. La igualdad libera al individuo de antiguas dependencias, pero puede dejarlo también más solo, más débil y expuesto a dos nuevas formas de poder: la opinión de la mayoría y un Estado cada vez más dispuesto a tutelarlo. El despotismo democrático no necesita siempre cadenas; puede gobernar las almas, uniformar las opiniones o acostumbrar a los ciudadanos a que otros decidan por ellos. Pero Tocqueville no escribió para anunciar un naufragio inevitable. Frente al océano de la igualdad buscó numerosos arrecifes capaces de contener sus peligros.

Estas páginas se detienen en algunos de ellos: la descentralización, el jurado, las asociaciones, la libertad de prensa y la religión. Todos descansan sobre una misma intuición: la libertad no sobrevive únicamente porque esté escrita en las leyes. Necesita ciudadanos habituados a ejercerla.

I. La revolución de la igualdad

Alexis de Tocqueville (1805-1859) no viajó solamente a América, sino al futuro. Cuando cruzó el Atlántico se dio cuenta de que el avance de la igualdad de condiciones en Occidente era, en realidad, un hecho "impuesto por la providencia"[1]. La definición del autor más ilustre sobre el espíritu democrático es muy poco contemporánea. Para Tocqueville la democracia no se define por los tipos de sufragio ni porque simplemente gobierne el pueblo. En palabras del autor: "cuando hablo aquí de "democracia" no me quiero referir sólo a una forma política de gobierno, sino también a un estado social"[2]. El objetivo del presente escrito es explicarle al lector la esencia de ese estado social y sus consecuencias antropológicas y políticas para la libertad.

Para Tocqueville, la democracia es un estado social en el que el principio de la igualdad goza de hegemonía. El siglo XIX fue testigo de que las

[1] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, ed. crítica y trad. de Eduardo Nolla (Madrid: Trotta, 2018), p. 10.

[2] p. 116.

antiguas familias aristocráticas estaban en crisis, que a los reyes les temblaban los pilares de legitimidad sobre los que descansaban sus ordenamientos y que parecía que la igualdad arrasaría con los antiguos regímenes que aún estaban en pie. Tocqueville observaba dicho escenario con la misma vivacidad que tienen los narradores de documentales del mundo animal:

"¡La democracia! ¿No veis que son las aguas del diluvio? ¿No las veis avanzar sin cesar con un esfuerzo lento e irresistible? Cubren ya las campiñas y van a bañar hasta los peldaños de los tronos. Retrocedéis, y la riada sigue su marcha. Huís, corre tras vosotros. Heos finalmente en vuestro último asilo, y apenas os habéis sentado para recuperar el aliento, ha cubierto el espacio que os separaba todavía de ella. Sepamos, pues, examinar el porvenir con una mirada firme y abierta. En lugar de querer alzar diques impotentes, busquemos más bien construir el arca santa que debe llevar al género humano sobre ese océano sin orillas[3]."

El océano sin orillas es, para Tocqueville, el océano de la igualdad. Tocqueville escribirá *La democracia en América,* precisamente para tratar de que la libertad pueda navegar con seguridad y, así, convivir con ese tempestuoso océano sin orillas.

Tocqueville entiende que no se puede volver atrás: el retorno al Antiguo Régimen era tan imposible como indeseable. De lo anterior se desprende que nuestro autor no era un reaccionario, pero tenía el mismo miedo a la servidumbre a la que nos podía llevar un mundo en el que la libertad pereciese bajo el azote de las olas de la igualdad. En esto se parecía extraordinariamente a su bisabuelo, Malesherbes, que había defendido al pueblo frente a los abusos de la monarquía y, llegada la Revolución, al rey frente a los abusos del nuevo poder revolucionario, lo que le llevó directamente a la guillotina. Tocqueville heredaría una disposición semejante: defender la democracia frente a quienes pretendían volver al pasado y, al mismo tiempo, advertir a los demócratas de los peligros que podían surgir de la propia democracia.

Lo que parece una paradoja se entiende sin mayor problema cuando comprendemos que Tocqueville comparte con su admirado bisabuelo una lealtad inquebrantable no a partidos políticos, sino a determinados valores. El valor central del cosmos moral tocqueviliano es siempre la libertad: "Gozo sobre todo de ese bien que, como sabe usted, sitúo por encima de todos los demás, la libertad"[4]. En otra carta a Henry Reeve aparece la misma idea: "quieren hacer de mí un hombre de partido, y no lo soy. Se me otorgan

[3] pp. 122-123.
[4] Alexis de Tocqueville, carta a Marie Mottley, 1830, cit. en Eduardo Nolla, *Alexis de Tocqueville. Un liberal único* (Madrid: Gota a Gota, 2025), p. 9

pasiones, y sólo tengo opiniones o, más bien, no tengo más que una pasión: el amor de la libertad y la dignidad humana"[5].

Debemos al lector una definición de la idea de la igualdad, pues es una cuestión que continúa inquietando en nuestro tiempo. ¿Qué entiende Tocqueville por igualdad? Se trata de "una sociedad o época en la que no haya ya castas, clases fijas, privilegios, derechos particulares y exclusivos, riquezas permanentes, propiedades inmóviles en manos de las familias, en que todos los hombres puedan, continuamente, ascender o descender y entremezclarse de todas las maneras"[6]. Eduardo Nolla apuntala dicha definición clarificando que Tocqueville "alude a la igualdad de condiciones y oportunidades, a la sensación de no ser inferior a nadie, no a un reparto igual de riquezas o de poder"[7].

La nueva igualdad producirá cambios monumentales en la sociedad. Cuando la nobleza o los grandes intelectuales eran el centro de la atención de una nación, las opiniones del pueblo eran guiadas sin dificultad por unos pocos "ilustres". Sin embargo, a medida que se igualan las condiciones: "Disminuye la tendencia de cada uno a creer ciegamente en un cierto hombre o una cierta clase. Aumenta la disposición a creer en la masa"[8]. Como todos son más o menos iguales, los individuos creerán que la verdad se encuentra en lo que piensen sus semejantes. El autor celebrará que la igualdad dé estima a todos los seres humanos, por muy oscura que sea su condición social. Sin embargo, rápidamente se da cuenta de que esta misma igualdad aislará a los individuos, dará las mismas necesidades, intereses y gustos a todos, y que creará el poder moral de la mayoría[9].

II. El hombre democrático y el Estado

Para Tocqueville, el individualismo tiene un origen democrático y siempre "amenaza con desarrollarse a medida que se igualan las condiciones"[10]. Se trata de un "sentimiento reflexivo y pacífico que predispone a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a que tras haberse creado así una pequeña sociedad a su modo, abandona gustosamente la grande a sí misma"[11]. Como los seres humanos tenemos una necesidad casi innata de reconocimiento —una idea que recorre buena parte de la obra de Rousseau bajo el concepto de *amour-propre* y que Platón y los griegos expresaban a través de la *τιμή* (*timē*: honor, reconocimiento,

[5] Alexis de Tocqueville, carta a Henry Reeve, 22 de marzo de 1837, cit. en Eduardo Nolla, *Alexis de Tocqueville. Un liberal único* (Madrid: Gota a Gota, 2025), pp. 39–40.
[6] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, ed. crítica y trad. de Eduardo Nolla (Madrid: Trotta, 2018), p. 697.
[7] p. 98.
[8] p. 712.
[9] P. 713.
[10] p. 847.
[11] *Idem*.

prestigio)— Tocqueville entendió que la igualdad no acabaría con la competencia por el estatus, sino que la desplazaría. En las sociedades aristocráticas, el prestigio estaba ligado sobre todo al nacimiento, al título o a los privilegios heredados. Una vez desaparecidas esas barreras, los individuos buscarían distinguirse por otras vías. En democracia, la riqueza se convierte en uno de los grandes marcadores del estatus y en una de las formas más visibles de distinción. El éxito económico no importará solamente por las comodidades que proporciona, sino por el escalafón social que refleja. La obsesión será dedicar todos los esfuerzos al trabajo y a nuestras necesidades individuales, dejando de lado el interés por las causas comunes, una preocupación que Benjamin Constant había anticipado pocos años antes. La carrera por el prestigio será feroz porque ahora no se compite contra unos pocos sino contra todos.

La democracia es más espontánea, más enérgica y también más inquieta. Los hombres buscan constantemente mejorar su condición y el juego está, al menos en principio, abierto a todos. Pero es precisamente ese dinamismo, esa destrucción creativa del mercado y de la propia sociedad, lo que hace que las grandes dinastías económicas sean más bien la excepción que la regla. Tocqueville podía remontar su linaje paterno casi ocho siglos atrás, hasta Guillaume Clérel, que había combatido junto a Guillermo el Conquistador en la batalla de Hastings en 1066[12].

Pero ¿qué empresa, por grande o exitosa que sea, puede aspirar a durar tanto? Surgen nuevas oportunidades; unas industrias aparecen y otras desaparecen, las fortunas se crean y se pierden y los gigantes de ayer se ven obligados a ceder el paso a los innovadores de mañana. El mercado vive de esa renovación constante y, por eso mismo, resulta difícilmente compatible con una aristocracia hereditaria y fija.

Si bien es para nuestro autor un motivo de celebración que el destino de las personas no esté fijado por su nacimiento ni sus estrellas, el peligro de una ciudadanía no participativa, anquilosada y distraída por sus propios menesteres hace que el poder del Estado tienda a crecer sin frenos. De hecho, el propio Tocqueville observa que en público los individuos piden que el Estado se mantenga al margen de sus asuntos, pero en privado todos le piden ayuda para su particular empresa, lo que provoca su crecimiento constante.

En el Antiguo Régimen, los gremios, la aristocracia o la Iglesia formaban una jerarquía y una red social para sus miembros y eran frenos al poder

[12] Eduardo Nolla, *Alexis de Tocqueville. Un liberal único* (Madrid: Gota a Gota, 2025), p. 14.

del monarca. La revolución igualitaria ayuda al propio Estado a eliminar esos poderes intermedios que vinculaban al individuo con sus superiores e inferiores en la sociedad prerrevolucionaria. El Estado está muy satisfecho con esta eliminación y, naturalmente, la propia ciudadanía pide igualdad para todos, la abolición de privilegios o diferencias impositivas. El resultado es que la igualdad genera un campo gravitatorio que conduce hacia la centralización en el Estado. Tocqueville observa que una república centralizada será una distopía: "en semejante república el despotismo se haría más intolerable que en ninguna de las monarquías absolutas de Europa. Habría que pasar a Asia para encontrar algo equiparable"[13].

Si las instituciones intermedias han desaparecido, ¿Adónde se desplazaría el centro del poder? Al Estado. "En los pueblos democráticos, los individuos son muy débiles, pero el Estado que les representa a todos y les tiene en su mano, es muy fuerte"[14]. La igualdad produce individuos aislados y débiles, el alimento favorito del despotismo. Los individuos son demasiado débiles y están demasiado encerrados en sus propias vidas. Ya no pueden ayudarse entre sí porque, sencillamente, ya no se conocen. En el Antiguo Régimen, los nobles podían prestarse apoyo unos a otros, igual que los vecinos de una localidad o los miembros de un mismo gremio o de una misma iglesia. Todas esas instituciones intermedias, con sus propios lazos de solidaridad interna, habrán desaparecido. En esta nueva sociedad solo quedan individuos aislados impotentes ante el poder de un Estado que han ayudado a engrosar. De este modo, dependemos de él para cada vez más cosas y el Estado crece gustosamente a nuestra costa. El hombre democrático "vuelve naturalmente su mirada hacia ese ser inmenso que se alza solo en medio del abatimiento universal"[15].

III. ¿Un nuevo despotismo?

Hemos visto que el avance de la igualdad libera al individuo de antiguas dependencias, pero también lo aísla. Esta soledad democrática tendrá para Tocqueville dos consecuencias aparentemente contradictorias. El individuo desconfiará cada vez más de la autoridad de hombres particulares, pero confiará cada vez más en la opinión de sus semejantes (la masa); y, al mismo tiempo, será cada vez más débil frente al Estado.
Es de especial interés el capítulo dedicado a la tiranía de la mayoría porque es precisamente el tipo de despotismo que sufren las democracias. El problema para el liberalismo no ha sido el poder en sí, sino cómo limitarlo. Nos encontramos con que el hombre democrático,

[13] p. 469.
[14] p. 775.
[15] p. 1113.

orgulloso de haber dejado atrás a los viejos reyes absolutistas, no parece ver peligro en parlamentos que ejercen el poder de manera absoluta. Aristóteles ya había adelantado una idea que Tocqueville retomará "el imperio moral de la mayoría se basa en parte en la idea de que hay más inteligencia y sabiduría en muchos hombres reunidos que en uno solo"[16]. Tocqueville, sin embargo, desconfiará de esta aseveración, acercándose más a la postura platónica y su desconfianza en el reino de la opinión.

El problema radica en la omnipotencia en el ejercicio del poder: "Si se admite que un individuo revestido de omnipotencia puede abusar de ella contra sus adversarios, ¿por qué no admitir la misma cosa de la mayoría? En mi opinión, solo veo a Dios que pueda ser revestido de la omnipotencia sin inconveniente"[17]. Una vez que una mayoría se ha decidido por algo, "no hay, por así decir, obstáculos que puedan, no diré que detener, sino siquiera retrasar su marcha y dejarle tiempo para escuchar las quejas de aquellos que aplasta al pasar. Las consecuencias de ese estado de cosas son funestas y peligrosas para el porvenir"[18].

Esta omnipotencia se extiende también a cómo una sociedad piensa. Al reflexionar sobre Europa, Tocqueville sostiene que los soberanos no podían impedir que ciertos libros siguieran circulando, incluso aunque estuvieran prohibidos. En Estados Unidos, en cambio, ni siquiera era necesario prohibir este o aquel libro. Si una obra criticaba las ideas de la mayoría, su autor ni siquiera se atrevería a publicarla:

"La inquisición nunca pudo impedir que circulasen en España libros contrarios a la religión de la mayoría. El imperio de la mayoría actúa mejor en Estados Unidos: ha suprimido hasta el pensamiento de publicarlos[19]."

El resultado es el hombre masa sobre el que luego escribiría Ortega y Gasset. Un recipiente de información pasivo, un hombre que no se molesta en contrastar ni en discutir lo que se le dice y que, además, no tiene problemas en imponer a los demás lo que piensa. Tiene una arrogancia previamente desconocida, que se combina con la aprobación sin reflexión crítica de lo que diga la mayoría. El despotismo se ejerce sobre individuos pasivos que se tienen por pensadores libres y con criterio propio, pero que en realidad están a las órdenes de la opinión pública. La inmensa presión que esta ejerce en las democracias y los horripilantes efectos que puede producir sobre quienes se apartan de ella explican en buena medida esa obediencia.

En las naciones más altivas del viejo mundo se han publicado obras destinadas a pintar fielmente los vicios y las ridiculeces de los

[16] p. 449.
[17] p. 450.
[18] p. 451.
[19] p. 461.

contemporáneos. La Bruyère vivía en el palacio de Luis XIV cuando compuso su capítulo sobre los grandes y Molière criticaba a la corte en piezas que hacía representar ante los cortesanos. Pero el poder que domina en Estados Unidos no entiende que se juegue así con él. El más ligero reproche le hiere, la menor verdad mordaz le molesta, y hay que alabar desde las formas de su lenguaje hasta sus más sólidas virtudes (…) La mayoría vive en una perpetua admiración de sí misma; sólo los extranjeros o la experiencia pueden hacer llegar ciertas verdades a los oídos de los americanos[20].

Como puede ver el lector, la principal diferencia del nuevo tipo de despotismo es que no será físico, sino moral e intelectual. No torturará a sus ciudadanos en celdas oscuras; será más refinado:

Pero en las repúblicas democráticas la tiranía no procede así: deja el cuerpo y va derecha al alma. El amo ya no dice: "pensad como yo o moriréis". Dice: "sois libres de no pensar como yo. Vuestra vida, vuestros bienes, todo lo conservaréis, pero a partir de ese día sois un extraño entre nosotros. Conservaréis vuestros privilegios en la ciudad, pero os serán inútiles, porque si queréis el voto de vuestros conciudadanos no os lo concederán, y si no queréis más que su estima, fingirán incluso negárosla. Permaneceréis entre los hombres, pero perderéis vuestros derechos de humanidad (…) Id en paz, os dejo la vida, pero la que os dejo es peor que la muerte"[21].

Individuos sin creatividad, sin originalidad, ciegos en su obediencia a un nuevo tipo de despotismo. Otra diferencia muy notable es que el tormentador ya no es un déspota externo, sino nosotros mismos. Eduardo Nolla ha comentado que en esta pesadilla tocquevilliana:

Aparece al final de la historia un mundo sin sociedad, un individuo sin individualidad, un Estado todopoderoso que separa a los ciudadanos los unos de los otros y que promueve la ausencia de ideas y sentimientos compartidos; en definitiva, de un nuevo despotismo que todavía carece de nombre, pero que tiene todas las características de un nuevo estado de naturaleza[22].

Como ocurre con todo despotismo, éste está lleno de caprichos y de modas. A quien cae bajo su mirada sólo le queda esperar al próximo escándalo, que distraiga al déspota y le haga olvidarse de él. ¿Acaso no vive la sociedad moderna, en cierto modo, entre un escándalo y el siguiente? Pero esta es, como dice Tocqueville, una vida peor que la muerte. La libertad no puede sobrevivir en el clima hostil de nuestra oscura caverna; sólo que ahora la caverna tiene cámaras y se

[20] p. 461.
[21] pp. 460-461.
[22] p. 99.

emite en directo. Bajo un temor constante y, a diferencia de lo que ocurriría en un sistema hobbesiano, ni siquiera contamos con la seguridad que proporciona la previsibilidad. Y allí donde no hay previsibilidad, la arbitrariedad siempre acecha. Pocas alianzas resultan más funestas para la libertad que la arbitrariedad abrazada al poder absoluto.

Como suele suceder, el fin de la historia será simplemente el recomenzar de la historia. El igualitarismo extremo asfixia la libertad y abre así las puertas a un retorno del estado de la naturaleza. Nótese que la igualdad empuja desde dos direcciones hacia un resultado idéntico: por un lado, aísla al individuo y debilita los vínculos que podían protegerlo frente al poder; por otro, despierta un apetito por una igualdad cada vez mayor. No son, por tanto, dos problemas independientes. El individuo aislado es el fermento perfecto para un Estado protototalitario, como señalará más de un siglo después Hannah Arendt. Lo trágico, en el sentido griego del término, es que serán los propios individuos los culpables.

El lector podrá preguntarse por qué un hombre que se respeta a sí mismo aceptaría semejante situación. La respuesta de Tocqueville es perturbadora: cuanto más igualitaria se vuelve una sociedad, más insoportables pueden parecerle las desigualdades que todavía sobreviven. A menos desigualdad, más indignación provoca la poca que queda: "Los pueblos democráticos quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla, la quieren incluso en la esclavitud. Sufrirán pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no sufrirán la aristocracia."[23] La afirmación puede sorprender al lector. ¿Por qué no aguantarán la aristocracia? ¿Cómo van a preferir a Stalin que a la aristocracia? En el margen del manuscrito se nos dice que: "El sentimiento de la igualdad queda menos perjudicado por la sujeción de un gran número a un solo amo que por la sumisión de muchos al gobierno de algunos (…) El déspota es un enemigo lejano, el noble es un enemigo que está junto a vosotros"[24]. Como hemos explicado anteriormente, Tocqueville presta una cuidadosa atención al reconocimiento social. En el Antiguo Régimen, el noble era una presencia cercana y visible; podía recordar diariamente a quienes le rodeaban una diferencia de rango. Un poder impersonal y lejano puede resultar, paradójicamente, menos ofensivo para el sentimiento de igualdad. En el "delirio" igualitario, Tocqueville teme que algunos hombres prefieran conservar la igualdad incluso al precio de perder la libertad. Es decir, que se preferirá la igualdad en el gulag, siempre que todos estén igual de mal. La envidia es, sin duda, un pecado capital.

[23] p. 844.

[24] pp. 843-844.

Pero no todos los caminos hacia la servidumbre terminan en el gulag. Tocqueville imagina también un destino mucho menos violento y, quizá por eso mismo, más difícil de reconocer. En el segundo volumen Tocqueville nos habla del despotismo suave que se asentará sobre la nueva sociedad, "una especie de paternidad sin visos de hacer llegar a los hijos a la edad viril"[25]. Nos dice que será una sociedad "regular, pacífica, dirigida con arte y uniformidad. Mezcla de colegio, de seminario y de regimiento, adormilada más que encadenada en los brazos de los funcionarios y de los soldados; Tiranía burocrática"[26]. Quizá, se pregunta, sería más acertado hablar de tutores que de tiranos. Esa es su otra pesadilla: una sociedad de hombres iguales y suaves, con almas "doblegadas y dirigidas"[27]. Es un Estado que detesta la iniciativa privada, que quiere que el núcleo de todo el movimiento social emane solo y únicamente de él. El resultado es "un rebaño de animales tímidos e industriosos cuyo pastor es el gobierno"[28]. El Estado aliviará a los ciudadanos de tantas responsabilidades como pueda, permitiéndoles encerrarse tranquilamente en sus asuntos privados: familias, empresas, amigos, etc. En un lado del manuscrito escribe: "Separado de sus semejantes, cada ciudadano solo piensa en sí. Se ha secado la fuente de las virtudes públicas"[29]. Dígame, querido lector: ¿no le resulta más familiar esta otra manera de matar la libertad?

IV. Los arrecifes de la libertad

Pero Tocqueville no escribió su gran obra para contemplar tranquilamente el naufragio. Si las aguas de la igualdad no podían retroceder, había que aprender a navegar sobre ellas. Volvamos, pues, al arca con la que comenzamos estas páginas. ¿Qué puede impedir que la libertad termine hundiéndose en ese océano sin orillas?

Montesquieu, una de las inteligencias que Tocqueville más admiraba, había comparado ya las barreras frente al poder con aquellos pequeños obstáculos que contienen la fuerza del mar: "Del mismo modo que el océano, que amenaza con cubrir toda la tierra, es detenido por las hierbas y los guijarros esparcidos por la orilla, los monarcas, cuyo poder parece ilimitado, son contenidos por los más pequeños obstáculos"[30]. Tocqueville hará suya la intuición, aunque el mar sea ya otro. Frente al individuo aislado, la mayoría segura de sí misma y un Estado cada vez más grande, la libertad necesitará

[25] p. 1149.
[26] *Idem*.
[27] p. 1153.
[28] p. 1154.
[29] p. 1155.

[30] Montesquieu. *The Spirit of the Laws.* Translated by Thomas Nugent. Digireads.com Publishing, 2020, p.46.

también sus escollos. O, por seguir con nuestra imagen, sus arrecifes.

El primero de ellos es la descentralización. Tocqueville contempló con admiración que en Estados Unidos el gobierno federal no hubiese absorbido todas las funciones administrativas. Estados, condados y municipios conservaban competencias propias y, con ellas, capacidad para resistir o retrasar los impulsos de Washington. Las administraciones locales forman así "como otros tantos escollos ocultos que retrasan o dividen la marea de la voluntad popular"[31]. Es importante no perder de vista que lo relevante no es que la multiplicidad administrativa sea una maravilla en sí, sino que el ciudadano encuentre centros de acción política cercanos que no dependan de la voluntad soberana nacional. El municipio importa precisamente porque acerca el poder hasta hacerlo casi doméstico. Allí la libertad deja de ser una palabra escrita en una constitución y empieza a convertirse en costumbre. Tocqueville recurre aquí a una de sus comparaciones más felices:

Las instituciones municipales son para la libertad lo que las escuelas primarias para la ciencia: la ponen al alcance del pueblo, le hacen gozar su uso pacífico y le acostumbran a servirse de ella. Sin instituciones municipales, una nación puede darse un gobierno libre, pero no tendrá el espíritu de la libertad[32].

Un ciudadano que participa en los problemas concretos de su localidad aprende qué significa gobernar y ser gobernado. Aprende a negociar, a aceptar responsabilidades, a conocer los límites del poder y, poco a poco, a descubrir que los asuntos comunes también son asuntos suyos. El lector está ya en condiciones de comprender una de las intuiciones más formidables de Tocqueville: la libertad no se aprende en los libros; se aprende ejerciéndola.

El buen gobierno no debería aspirar a resolver cada problema de sus ciudadanos, sino precisamente a enseñarles a resolver muchos de ellos por sí mismos: "El principal objetivo de un buen gobierno ha consistido siempre en poner a los ciudadanos en situación de prescindir de su ayuda. Eso es más útil de lo que pueda serlo ella"[33]. Si un ciudadano sólo aprende a obedecer, aunque viva formalmente bajo instituciones libres, no habrá adquirido el espíritu de la libertad; y, más temprano que tarde, la llama terminará por apagarse.

Algo parecido ocurre con el jurado. A primera vista parece una institución puramente judicial, pero Tocqueville ve en él algo mucho más profundo. Cuando un ciudadano

[31] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, ed. crítica y trad. de Eduardo Nolla (Madrid: Trotta, 2018), p. 468.

[32] p. 199.

[33] p. 865.

corriente es llamado a juzgar a otro, se ve arrancado por un momento del pequeño recinto de sus asuntos privados. Sin pretenderlo, se ve obligado a deliberar y asumir responsabilidad por decisiones que afectan a otros. El jurado combate así ese individualismo que Tocqueville considera "el óxido de las sociedades" y funciona como "una escuela gratuita" para la educación política del pueblo[34]. Las funciones son muy distintas, pero ambas son esenciales en la educación política tocquevilliana: el municipio y el jurado obligan a practicar la libertad.

Pero el mayor de los arrecifes de la libertad serán las asociaciones. La desaparición de la aristocracia había dejado al individuo democrático sin aquellos cuerpos intermedios que podían actuar como contrapesos naturales frente al poder político. No tenía sentido reconstruir el Antiguo Régimen ni vestir de nuevo al mundo moderno con ropas que ya no le servían. Había que encontrar una institución compatible con la igualdad que cumpliera una función semejante. Tocqueville estaba maravillado de encontrarla por todas partes en Estados Unidos. Ante un camino bloqueado, una celebración, una cuestión religiosa, moral o comercial, los americanos no esperaban a que una autoridad resolviera el problema: se reunían. "En los Estados Unidos se asocian con fines de seguridad pública, comercio e industria, placer, moral y religión. No hay nada que la voluntad humana no tenga esperanza de conseguir por la acción libre del poder colectivo de los individuos"[35]. Los niños creaban sus propias normas durante sus juegos. Cuando había que arreglar una carretera o una iglesia, los vecinos no esperaban al Estado: se ponían manos a la obra.

La asociación permite que las almas que por separado son débiles adquieran fuerza al actuar conjuntamente. Hace que los hombres encuentren una comunidad, que se conozcan, que formulen mejor sus ideas, que descubran intereses comunes y que aprendan a persuadir a quienes piensan de manera diferente. Allí donde las aristocracias habían sido asociaciones naturales, la democracia debía crear voluntariamente sus propias asociaciones. De ahí una de las fórmulas esenciales de Tocqueville: "En los pueblos democráticos son las asociaciones las que deben ocupar el lugar de los particulares poderosos que la igualdad de condiciones ha hecho desaparecer"[36].

Esto permite entender que Tocqueville no propone combatir el individualismo democrático apelando simplemente al sacrificio heroico. No podemos sacar de la chistera al "ciudadano comprometido"; su solución es mucho más realista. El individuo empieza asociándose porque

[34] p. 484.
[35] p. 366.
[36] p. 863.

comprende que necesita a otros para alcanzar sus propios fines. Es la doctrina del interés bien entendido. No produce grandes actos de virtud, pero sí "una multitud de ciudadanos ordenados, comedidos, razonables, previsores y dueños de sí mismos"[37]. Es casi una ética de mínimos, insuficiente para quien aspire a la excelencia, pero adecuada como suelo moral común para todos. La cooperación repetida acostumbra al individuo a salir del reducido círculo de sus asuntos privados.

Otra potente roca que frena la tempestad despótica es la libertad de prensa, precisamente porque permite que esos individuos aislados se encuentren. En una sociedad aristocrática los grandes hombres saben dónde están los demás grandes hombres. En una democracia, millones de individuos pequeños pueden compartir una misma inquietud sin conocerse entre sí. El periódico rompe ese aislamiento encendiendo una luz en medio de la multitud y quienes hasta entonces vagaban separados, "se dirigen enseguida hacia esa luz, y esos espíritus errantes, que se buscaban en las tinieblas desde hacía mucho tiempo, se encuentran al fin y se unen"[38]. No es que la información de la prensa sea irrelevante, pero lo que a Tocqueville le interesa es que permite la creación de las asociaciones. Se comprende entonces el peligro de una prensa dependiente del Estado porque no se trata sólo de que la propaganda oficial esté asegurada. El mal es más profundo: el instrumento que debía ayudar a los ciudadanos a encontrarse entre sí puede acabar enseñándoles a buscar siempre la misma dirección, la del poder.

Tocqueville, como todos los grandes pensadores, tiene una mirada profunda sobre el corazón humano y conoce sus limitaciones. De ahí que el remedio al individualismo no sea simplemente pedir a los ciudadanos que se interesen por grandes cuestiones abstractas. Es más eficaz comenzar por lo pequeño: "Es al encargar a los ciudadanos de la administración de los pequeños asuntos más que al encargarles del gobierno de los grandes, cuando se les interesa en el bien público y se les hace ver la necesidad permanente que tienen los unos de los otros para conseguirlo"[39]. Esta es quizá la esencia de la solución. La libertad política se conserva creando situaciones en las que las personas vuelvan a necesitarse entre sí.

No todo lo que contiene al mar sobresale del agua. Hasta ahora nuestros arrecifes eran visibles: el municipio, el jurado, la asociación o la prensa podían señalarse casi con el dedo. Pero el mar esconde también obstáculos bajo la superficie. El navegante quizá no los vea y, sin embargo, el oleaje rompe contra ellos y pierde parte de su fuerza. Tocqueville encuentra un

[37] p. 880.
[38] p. 867.
[39] p. 855.

último arrecife de esta naturaleza: la religión. Su acción es menos visible porque no opera principalmente sobre las instituciones, sino sobre las costumbres y, antes aún, sobre el alma de los hombres. No se trata de que la religión deba gobernar políticamente la democracia, sino de que puede contener al hombre allí donde la ley ya no alcanza. En Estados Unidos Tocqueville observa algo decisivo: la ley puede permitirlo todo y, sin embargo, la religión impedir que todo llegue siquiera a concebirse. La ley puede ser silenciosa en muchos aspectos, pero las costumbres continúan guiando. Y una sociedad capaz de ponerse límites a sí misma necesita menos cadenas exteriores.

La religión ofrece además al individuo democrático algo que la mayoría no puede darle nunca: un punto de referencia intelectual y moral que no depende de la opinión del momento. La igualdad hace que los hombres desconfíen de autoridades particulares y busquen la verdad en aquello que cree el mayor número. La religión rompe, al menos en ciertas cuestiones, ese hechizo. Al dar respuesta a grandes cuestiones morales y metafísicas, deja al espíritu "la capacidad y el tiempo libre para entregarse con calma y energía"[40] en las demás cuestiones abiertas a su investigación. La mortalidad implica que ningún individuo tendrá tiempo de responder a todas las cuestiones que le preocupan, la religión le contesta las dudas más profundas para que pueda dedicar la mente a otras cosas. Nadie puede empezar de cero cada mañana, la religión hace que no sea necesario.

La religión presta todavía otro servicio al hombre democrático: le obliga, de vez en cuando, a levantar la vista. Tocqueville había observado hasta qué punto la búsqueda incesante de bienestar material podía encerrar al individuo en el materialismo. De ahí su fascinación por el contraste entre la febril actividad americana durante la semana y el silencio del domingo, cuando "la vida comercial e industrial parece suspendida" y "el alma vuelve finalmente a entrar en posesión de sí misma y se contempla"[41]. La religión obliga a trascender de lo inmediato. Por eso Tocqueville pide a quienes se preocupan por el futuro de las sociedades democráticas que trabajen para extender "la afición por lo infinito, el sentimiento de lo grande y el amor por los placeres inmateriales"[42]. No porque la democracia deba abandonar la prosperidad material, sino porque una sociedad que no aspire a nada más corre el peligro de cambiar su libertad por comodidad. Se debe desear que los hombres se enriquezcan, pero la religión, por lo menos, los anima a hacerlo honestamente.

Estos arrecifes, escogidos entre los muchos que Tocqueville descubre

[40] p. 710.
[41] p. 906.
[42] p. 908.

en la democracia americana, tienen algo en común que separa a Tocqueville de otros pensadores liberales. Ninguna de estas rocas consiste simplemente en impedir actuar al Estado ni en dividir el poder. Tocqueville quiere devolver fuerza y vitalidad a las almas de los ciudadanos para que vuelvan a ser ellos el principio de la vida común. Lo que se pretende, querido lector, lo que hace vibrar el corazón de nuestro autor, es reconstruir un hombre que tenga la audacia de volver a crear una comunidad y de hacerlo todos los días.

Volvamos, por última vez, al océano. Tocqueville sabe que sus aguas no van a retroceder. Tampoco desea reconstruir los viejos diques aristocráticos: pertenecen a un mundo que ya no existe. Su problema es otro, y no está tan lejos del que había atormentado a Rousseau: cómo conservar hombres libres en una sociedad de iguales. La respuesta de Tocqueville no cabe entera en una constitución ni puede descansar únicamente sobre una declaración de derechos. La libertad necesita leyes, desde luego, pero necesita también costumbres, hábitos y hombres que hayan aprendido a ejercerla. El arca no llegará a puerto porque el océano haya dejado de ser peligroso, sino porque todavía haya hombres, como decía Platón, capaces de gobernar el timón.

V. Conclusiones

El avance de la igualdad en la historia de Occidente es un hecho a celebrar. Era el gran hecho social de la modernidad, una fuerza que había comenzado a transformar las instituciones, las costumbres y, sobre todo, al propio hombre. No tenía sentido intentar detenerla. La cuestión era otra: averiguar qué podía ocurrir con la libertad cuando las antiguas jerarquías desapareciesen y los hombres comenzasen a parecerse cada vez más entre sí. La respuesta de Tocqueville no es tranquilizadora. La igualdad libera al individuo de antiguas dependencias, pero puede dejarlo también más solo, más débil y pendiente de la opinión de sus semejantes. De ese mismo hombre democrático nacen dos peligros distintos y, al mismo tiempo, emparentados: la tiranía de la mayoría y el crecimiento de un Estado tutelar. Uno amenaza con decirnos qué debemos pensar; el otro, con acostumbrarnos a que alguien piense, decida y actúe por nosotros. El resultado puede ser una servidumbre brutal, pero también otra mucho más cómoda y, precisamente por ello, más difícil de reconocer. Tocqueville encontró en América algunos de los arrecifes capaces de contener esa deriva. Estas páginas se han detenido en unos pocos: la descentralización, el jurado, las asociaciones, la libertad de prensa, las costumbres y la religión. Ninguno garantiza por sí solo la libertad. Todos, sin embargo, comparten una intuición esencial:

una sociedad libre necesita algo más que buenas leyes. Necesita ciudadanos capaces de actuar sin esperar siempre al Estado, de asociarse, de discutir, de gobernarse y de reconocer límites incluso cuando nadie los impone desde fuera. Mientras existan sociedades democráticas, Tocqueville seguirá incomodándonos. Su obra obliga a preguntarnos no sólo cuánto poder tiene el Estado o la mayoría, sino qué clase de hombres estamos produciendo. Porque acaso el destino de la libertad dependa menos de lo que proclamen nuestras constituciones que de si todavía quedan ciudadanos capaces de vivir como hombres libres.

VI. Para saber más

Díez del Corral, Luis. «La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal», en Obras completas, t. II. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.

Díez del Corral, Luis. El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico, en Obras completas, t. III. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, pp. 2684–3006.

Tocqueville, Alexis de. La democracia en América. Edición crítica y traducción de Eduardo Nolla. Madrid: Trotta, 2018.

Tocqueville, Alexis de. The Old Regime and the Revolution. Volume I: The Complete Text. Edited by François Furet and Françoise Mélonio. Translated by Alan S. Kahan. Chicago: University of Chicago Press, 1998.

Tocqueville, Alexis de. The Old Regime and the Revolution. Volume II: Notes on the French Revolution and Napoleon. Edited by François Furet and Françoise Mélonio. Translated by Alan S. Kahan. Chicago: University of Chicago Press, 2001.

Nolla, Eduardo. Alexis de Tocqueville. Un liberal único. Madrid: Gota a Gota, 2025.

Zuckert, Michael P., ed. The Spirit of Religion and the Spirit of Liberty: The Tocqueville Thesis Revisited. Chicago: University of Chicago Press, 2017.

VII. Conferencias

Nolla, Eduardo. «Alexis de Tocqueville: la democracia como problema». Primera conferencia del ciclo Tocqueville: su vida, su obra, su tiempo. Fundación Juan March, Madrid, 28 de abril de 2015. YouTube.

Nolla, Eduardo. «Alexis de Tocqueville: la democracia como solución». Segunda conferencia del ciclo Tocqueville: su vida, su obra, su tiempo. Fundación Juan March, Madrid, 30 de abril de 2015. YouTube.

Síguenos en

info@civismo.org
www.civismo.org

© Fundación Civismo, Fundación Ortega-Marañón, Fundación Conversación y todos los autores.